

«ICAROMENIPO» O «EL HOMBRE QUI
VIAJO POR ENCIMA DE LAS NUBES»

1 MENIPO¹.—Pues bien, primera etapa, de la Tierra a la Luna, tres mil estadios²; de allí al Sol, arriba, unas quinientas parasangas³; en cuanto a la tercera etapa, la subida hasta el mismo Cielo y la ciudadela de Zeus, un águila ligera emplearía un día.

AMIGO.—¡Por las Gracias, Menipo! ¿Qué significan esas disquisiciones astronómicas, y esas medidas que expresas en voz más bien baja? Porque desde hace un rato te estoy siguiendo y oyéndote hablar de soles y lunas y mezclar extrañamente en tu relato esas palabras: ciertas etapas y parasangas.

MENIPO.—No te extrañes, amigo mío, si te parece que digo cosas celestes y aéreas, pues estoy evocando conmigo mismo lo más saliente del viaje que hace poco he hecho.

AMIGO.—¡Ah! ¡Claro! Como los fenicios, te guías en tu camino por los astros, ¿no es eso, querido amigo?

MENIPO.—No, ¡por Zeus!, sino que los mismos astros eran los lugares de mi recorrido.

¹ Véase nota 1 de *Menipo* o *La Necromancia*.

² El estadio tenía 177 metros (medida de longitud).

³ La parasanga equivalía a 30 estadios.

AMIGO.—¡Por Heracles! ⁴ Me estás hablando de un largo sueño, si has estado dormido a través de parangas ⁵ enteras sin darte cuenta.

² MENIPO.—¡Oh, querido! ¿Te parece que hablo de un sueño yo, que acabo de llegar de junto a Zeus?

AMIGO.—¿Cómo dices? ¿Nos ha caído Menipo del cielo?

MENIPO.—Pues bien, he llegado hoy de junto al propio Zeus, aquel dios excelso, tras haber oído y visto cosas admirables. Si no lo crees, eso mismo redobla mi gozo: el que mi dicha pase los límites de lo creíble.

AMIGO.—Maravilloso y olímpico ⁶ Menipo, ¿cómo yo, que soy un mortal y un ser terrestre, voy a desconfiar de un hombre que se eleva por encima de las nubes y que, homéricamente hablando, es uno de los dioses celestes? ⁷ Pero, si te parece bien, indícame de qué modo te elevaste a esas alturas y de dónde te procuraste tamaña escalera. Porque en modo alguno se asemeja tu figura a la del famoso frigio ⁸ hasta el extremo de que podamos conjeturar que también tú, arrebatado por el águila, fuiste conducido allá arriba, para hacer de escanciador.

MENIPO.—Está claro que te burlas desde hace rato, y no es extraño en absoluto que lo insólito de mi narración te parezca semejante a una fábula. Mas lo cierto es que, para subir, no he necesitado en modo alguno ni escalera ni convertirme en favorito del águila, pues tenía alas propias.

AMIGO.—Eso que dices supera ya los hechos del propio Dédalo ⁹, si es que, amén de lo demás, te transformaste de hombre en halcón o en grajo sin que lo advirtiéramos.

⁴ Exclamación muy apropiada entre filósofos cínicos, que veían con gran simpatía a este dios.

⁵ Véase nota 3.

⁶ Por haber estado en el Olimpo, mansión de los dioses.

⁷ Véase *Ilíada*, V, 373, 898.

⁸ Ganímedes. Véase IV y V de los *Diálogos de los dioses*.

⁹ Dédalo, sometido a prisión por Minos, fabricó unas alas artificiales, merced a las cuales se evadió.

MENIPO.—Acertada, que no errónea, ha sido tu conjetura, amigo mío, pues también yo me procuré el artificio de las alas, aquél que empleó Dédalo.

³ AMIGO.—Así pues, hombre audaz por encima de cualquiera, ¿no temiste caer en alguna parte de la inmensidad marina y legarnos, en virtud de tu nombre, el Mar Menipeo, siguiendo el precedente del Mar Icario ¹⁰.

MENIPO.—De ningún modo, pues Icaro ¹¹ tenía unido a su cuerpo con cera el mecanismo de las alas, y, en cuanto aquélla se derritió por la acción del sol, quedó desplumado y, naturalmente, se vino abajo, mientras que mis alas no tenían cera.

AMIGO.—¿Cómo te las ingeniaste? Pues ya, sin saber cómo, me siento un tanto inclinado a creerle.

MENIPO.—De la siguiente manera: cogí un águila grandísima y un fuerte buitre, y les corté las alas con sus huesos y todo...; pero mejor será, si dispones de tiempo, que te refiera todas mis reflexiones desde el principio.

AMIGO.—Me parece muy bien. Pendiente estoy de tus palabras y boquiabierto me tienes hasta el final de tu relato. Y por Zeus, dios de la amistad, te pido que no me dejes en lo alto de la narración, colgado de las orejas.

⁴ MENIPO.—Escucha, pues no sería bonito espectáculo dejar a un amigo con la boca abierta, y además, como tú dices, colgado de las orejas. Veamos, pues. En cuanto, examinando las cosas de la vida, encontré ridículo, insignificante e inconsistente todo lo humano —me refiero a las riquezas, las dignidades y el poder—, sentí desprecio hacia ello y, viendo en los afanes concernientes a esto una ocupación que impedía dedicarse a lo verdaderamente importante, traté de

¹⁰ El Egeo.

¹¹ Hijo de Dédalo. Apresado por Minos en Creta junto con su padre, se escapó también con alas pegadas con cera; pero, olvidando los consejos paternos, se acercó mucho al Sol, de suerte que la cera se derritió y cayó al mar.

levantar la cabeza y contemplar el conjunto de lo existente. Y en esta tarea me deparó en primer término gran embarazo eso mismo que los filósofos llaman orden universal, pues no podía averiguar ni cómo se había originado ni cuáles eran su creador, su principio y su fin. Después, al examinar las cosas separadamente, me vi obligado a tener una perplejidad mucho mayor. En efecto, veía que las estrellas estaban diseminadas al azar por el cielo, y, en cuanto al mismo Sol, ansiaba saber qué era. De modo especial, lo concerniente a la Luna se me manifestaba extraño y enteramente maravilloso, y las distintas formas en que se mostraba tenían, a mi parecer, alguna misteriosa causa. Además, la viveza del relámpago, el estallido del trueno y la caída de la lluvia o de la nieve o del granizo, todo esto también era difícil de entender y nada claro en sus causas.

5 . Así pues, hallándome en tal situación, consideré que lo mejor era aprender estas cosas, una por una, de éstos a quienes llaman filósofos, porque pensaba que ellos al menos podrían decir toda la verdad. Por tanto, elegí a los mejores de entre los mismos, según se podía conjeturar por el aire sombrío de su rostro, la palidez de su piel y el espesor de su barba —y a fe que aquellos hombres se me manifestaron al punto como gente de altos propósitos y conocedores del mundo celeste—, y me puse en sus manos, pagándoles abundante dinero, una parte inmediatamente, y dejando el resto, de mutuo acuerdo, para más tarde, cuando llegase a la cumbre de la sabiduría; les pedí que hiciesen de mí un entendido en fenómenos celestes y me hiciesen comprender el orden del universo entero. Pero ellos, ¡ay!, tan lejos estuvieron de librarme de mi antigua ignorancia, que, arrastrándome consigo a perplejidades incluso mayores, en ellas me metieron, vertiendo sobre mí, día tras día, no sé qué principios, fines, átomos, vacíos, materias, formas y cosas semejantes. Y he aquí lo que para mí entrañaba mayores dificultades: el hecho de que, pese a que cada uno de

ellos hacía afirmaciones que en nada coincidían con las de los demás, y, antes al contrario, expresaban opiniones que eran adversas y enteramente opuestas, si consideramos las de cada uno con respecto a las de los otros filósofos, tenían sin embargo todos ellos la pretensión de convencerme y trataban de encauzarme hacia sus propio criterios.

AMIGO.—Singular relato el tuyo: unos hombres sabios que estaban en desacuerdo unos con otros acerca de los seres y que no tenían las mismas opiniones acerca de las mismas cosas.

6 . MENIPO.—Y además te vas a reír, amigo mío, cuando oigas lo referente a su jactancia y a su pretenciosa charlatanería. En primer lugar, ellos mueven sus pies sobre la tierra y en modo alguno se hallan a mayor altura que el resto de nosotros, hombres que caminamos sobre el suelo, sino que ni siquiera tienen más aguda visión que sus vecinos —algunos son cortos de vista a causa de la vejez o de la indolencia—, y sin embargo decían que distinguían claramente los límites del cielo, medían la circunferencia del Sol, se paseaban por las regiones supralunares y, como si hubieran caído de las estrellas, relataban minuciosamente sus dimensiones y formas, y con frecuencia, si se presentaba la ocasión, a pesar de que no sabían cabalmente cuántos estadios hay de Mégara¹² a Atenas, se atrevían a afirmar cuántos codos¹³ mide el espacio comprendido entre la Luna y el Sol, y al propio tiempo medían cumplidamente la altura de la atmósfera, las profundidades del mar, el perímetro de la Tierra, y trazan círculos, formas, triángulos y cuadrados, añaden complicadas esferas y, ¿cómo no?, miden también el propio cielo.

Además, es verdaderamente arrogante y vanidosa la actitud de ellos. Me refiero al hecho de que hablen acerca de asuntos tan confusos sin manifestar nada

¹² Ciudad de Grecia central, en la costa del golfo Saronico.

¹³ En griego, πῆχυς. Equivalla a unos 44 centímetros.

como quien hace una conjetura, y de que, antes al contrario, mantengan su opinión con una energía que rebasa todos los límites y no admitan la posibilidad alguna de que los demás sean más certeros, y eso que casi sostienen con juramento que el Sol es una masa incandescente¹⁴, que la Luna está habitada y que las estrellas beben agua, siendo el Sol el que extrae del mar el líquido elemento como con una cuerda de pozo y distribuye por igual la bebida entre todas ellas.

Fácil resulta advertir cuán grande es la oposición entre sus opiniones. Considera tú, ¡por Zeus!, si sus creencias habitan en vecindad y no están muy alejadas unas de otra; efectivamente, en primer lugar tienen diversas opiniones acerca del universo, ya que a algunos les parece que es increado e indestructible, mientras que otros se han atrevido a hablar de su creador y del modo de esa creación, y eran éstos los que mayor extrañeza me han producido, al establecer a un dios artífice de todo lo existente, sin añadir de dónde habiendo llegado ni dónde estando situado cumplió esa función, y eso que es imposible comprender tanto el tiempo como el espacio antes de la generación del universo.

AMIGO.—Me estás hablando, Menipo, de unos hombres sumamente osados y milagreros.

MENIPO.—¿Y qué dirías, si oyeras sus disquisiciones relativas a las ideas y a los seres incorpóreos, o sus discursos acerca de lo finito y lo infinito? Pues también en lo tocante a eso libran una fogosa batalla, ya que algunos ponen límites a ese todo y otros creen que es infinito. Además, manifestaban que existen numerosos mundos y condenaban a los que hablaban de uno solo. Y un varón no pacífico opinaba que la guerra es el origen de la totalidad de lo existente.¹⁵

¿Y qué te diré acerca de los dioses? Porque para unos la divinidad es un número¹⁶, y otros juraban

¹⁴ Anaxágoras.

¹⁵ Heráclito.

¹⁶ Los pitagóricos.

por perros, gansos y plátanos¹⁷. Había quienes, excluyendo a todos los demás dioses, a uno solo atribuían el gobierno de todo lo existente, de suerte que yo en mi fuero interno me apesadumbraba, al oír hablar de una escasez tan grande de dioses; otros, por el contrario, comportándose de manera pródiga, manifestaban la existencia de muchos y, haciendo una clasificación, a uno le llamaban el primer dios, mientras que a otros les asignaban la segunda y la tercera categoría dentro de la condición de dioses. Por otra parte, algunos pensaban que lo divino es incorpóreo y carente de forma, mientras que otros discurrían acerca de ello considerándolo cuerpo. Y no todos creían que los dioses se cuidan de los asuntos humanos; antes bien, había algunos que los liberaban de toda preocupación, como nosotros solemos dispensar de las prestaciones de carácter público a los que han envejecido, pues los presentan parecidos en todo a los figurantes de las comedias. Finalmente, no faltaban quienes, yendo aún más allá, creían que ni siquiera existe dios alguno en absoluto, y dejaban al universo seguir su curso sin dueño y sin guía.

Pues bien, cuando escuchaba todo eso, no me atrevía a desconfiar de unos varones cuya voz, a semejanza de la de Zeus, resonaba en alturas celestiales, y que además tenían tan buena barba, pero no sabía hacia qué opiniones debía yo inclinarme, para encontrar una teoría irreprochable, que no pudiera ser derribada por los sustentadores de otra distinta. Por lo tanto, me pasaba sencillamente aquello que Homero decía, pues muchas veces me sentía impulsado a creer a uno de ellos,

*pero una segunda inclinación me contenía*¹⁸.

Perplejo a causa de todo esto, desesperaba yo de llegar a oír algo verdadero en relación con lo que

¹⁷ Véase *La subasta de vidas*, 16, donde Sócrates emplea tales juramentos.

¹⁸ Véase *Odisea*, IX, 302.

quería saber, y pensé que sólo había un medio para verme libre de mis dificultades: proveerme de alas como fuera y subir al cielo. Mi propio deseo me daba las mayores esperanzas en relación con mi empresa, y a ellas contribuía el fabulista Esopo, que hacía el cielo accesible a las águilas y a los escarabajos, y a veces también a los camellos. Pues bien, se me hacía evidente que por ningún medio era posible que yo me convirtiese en un ser alado por naturaleza, pero que, si me aplicaba alas de buitre o de águila —las únicas adecuadas al tamaño de un cuerpo humano—, tal vez me saldría bien el intento. Y, en consecuencia, cogí las aves, y amputé por entero el ala derecha del águila y la izquierda del buitre; después até la una con la otra, sujeté ambas alas a mis hombros con fuertes correas y dispuse unas asas para las manos en los extremos de tales miembros voladores. Primeramente hice ensayos: daba saltos; me ayudaba con las manos, y, como los gansos, me levantaba casi a ras del suelo y combinaba la carrera sobre las puntas de los pies con el vuelo. Pero, como el dispositivo se me mostraba obediente, me dediqué a la empresa con más audacia ya, y, habiendo subido a la acrópolis, me dejé caer desde allí sobre el mismo teatro.

11

En vista de que había bajado volando sin peligro alguno, tuve ya muy altas pretensiones, y, alzando mi vuelo desde el Parnes¹⁹ o el Himeto²⁰, me trasladaba a Geranea²¹; luego volaba desde allí a lo alto del Acrocorinto²², y después al Taigeto²³ pasando sobre el Fóloe²⁴ y el Erimanto²⁵. Pues bien, cuando tuve bien ensayada mi audaz empresa, y me hube perfeccionado, y mi vuelo alcanzaba tales alturas, mis

¹⁹ Cadena montañosa situada entre Atica y Beocia.
²⁰ Monte del Atica.

²¹ Cadena montañosa de Megáride.

²² Ciudadela de Corinto.

²³ Cadena montañosa entre Laconia y Mesenia (Peloponeso).

²⁴ Meseta situada entre Elide y Arcadia (Peloponeso).

²⁵ Monte situado en los límites de Arcadia, Acaya y Elide.

pretensiones ya no podían ser las de una cría de ave; lejos de eso, subí al Olimpo²⁶, y, provisto de un víatico lo más ligero posible, dirigí ya mi vuelo en derecha hacia el cielo, y en principio sentía vértigo por la gran altura, pero después la soporté fácilmente. Y, cuando ya me encontraba junto a la misma Luna, habiéndome alejado muchísimo de las nubes, me sentí fatigado, sobre todo en el ala izquierda, que era la del buitre. Pues bien, arribé, y, sentándome en dicho astro, me puse a descansar, al tiempo que contemplaba la Tierra desde arriba y, como el Zeus homérico²⁷, ponía mi vista unas veces sobre el país de los tracios, excelentes jinetes, otras sobre el de los misios, y a continuación, cuando me venía en gana, sobre Grecia, Persia y la India. De resultados de todo esto yo me colmaba de un ameno placer.

AMIGO.—Pues bien, Menipo, háblame acerca de todo eso, a fin de que no se me escape ni un solo detalle de tu viaje, sino que incluso lo que hayas observado de pasada, también eso pueda saber. Piensa que espero oír no poco acerca de la forma de la Tierra y sobre cómo se te mostraba, cuando desde arriba observabas, todo lo que hay sobre ella.

MENIPO.—Supones bien, amigo mío. Así pues, sube a la Luna —puedes hacerlo acompañándome con el pensamiento— y examina conmigo el estado en que se halla todo cuanto hay sobre la Tierra.

Para empezar, imagina que estás viendo la Tierra, pero una Tierra muy pequeña —mucho menor que la Luna, quiero decir—, hasta el punto de que yo, habiendo dirigido hacia abajo mi mirada, estuve durante mucho tiempo sin saber dónde estaban nuestras montañas y nuestro mar inmenso, y, si no hubiera dividido el Coloso de Rodas²⁸ y la torre de Faro²⁹, la Tierra

12

²⁶ Situado entre Tesalia y Macedonia.

²⁷ Véase *Iliada*, XIII, 4.

²⁸ Gigantesca estatua de bronce, que representaba al dios Sol. Medía 34 metros de altura y estaba considerada como una de las siete maravillas del mundo.

me habría pasado inadvertida, puedes estar seguro. Pero el uno y la otra, que son elevados y sobresalen, amén del tenue resplandor del Océano, sometido a la acción solar, me indicaron claramente que era la Tierra lo que estaba viendo. Y, una vez que hube centrado en ella mi atención, mostróseme ya la vida toda de los hombres, no sólo en forma de naciones y ciudades, sino, de modo concreto y manifiesto, en forma de grupos integrados por los que navegan, los que luchan en el campo de batalla, los que trabajan la tierra, los que litigan, y también por las mujeres, los animales y, en resumen, todo cuanto es alimentado por la fecunda tierra.³⁰

AMIGO.—Muy difícil de creer es lo que dices, y está lleno de contradicción. Porque hace poco, amigo Menipo, estabas buscando la Tierra, que había quedado reducida a un pequeño tamaño, a causa de la distancia intermedia, y, si el Coloso no te la hubiera mostrado, seguramente habrías creído que estabas viendo alguna otra cosa, y ¿cómo ahora, convertido de repente en una especie de Linceo³¹, distingues claramente todo lo que hay sobre la Tierra: los hombres, los animales y casi los nidos de los mosquitos?

13 MENIPO.—Bien has hecho trayéndome eso a colación, porque, no sé cómo, he pasado por alto lo que menos debía omitir. Cuando me di cuenta de que era la propia Tierra lo que había divisado, pero no podía distinguir los pormenores, a causa de la altura en que me encontraba, pues mi vista no alcanzaba tanto, aquella situación me apesadumbraba sobremanera y me producía gran embarazo. Y, hallándome abatido y casi lloroso, se me presenta, acercándose por detrás de mí, el filósofo naturalista Empédocles³²,

²⁹ La isla de Faro, situada a la entrada del puerto de Alejandría.

³⁰ Cf. *Ilíada*, II, 548; *Odisea*, IV, 229; IX, 357.

³¹ Véase nota correspondiente en el XXVIII de los *Diálogos de los muertos*.

³² Del siglo v a. de J. C.

cuyo aspecto era el de un ennegrecido carbonero y que estaba lleno de ceniza y asado. No negaré que, cuando lo ví, me asusté un poco, pensando que estaba viendo a una deidad lunar; pero él me dijo: «Sólo siégate, Menipo;

*no soy dios alguno; ¿por qué me encuentras igual
[a los inmortales?]*³³

Soy ese filósofo naturalista llamado Empédocles. Cuando me precipité dentro del cráter, el humo me arrojó fuera del Etna³⁴ y me hizo ascender acá, de suerte que ahora vivo en la Luna paseándome a menudo por los aires, y me alimento de rocío. Pues bien, he venido a librarte de la dificultad en que te hallas, pues, según creo, te aflige y atormenta el no ver con claridad lo que hay sobre la Tierra». «Bien has hecho, excelente Empédocles —le respondí—, v, cuando en vuelo descendente regrese a Grecia, me acordaré de hacerte libaciones³⁵ junto a mi chimenea³⁶, y de adorarte el primer día de cada mes, abriendo la boca tres veces hacia la Luna». «Mas, ¡por Endimión!³⁷ —replicó—, no he venido en busca de un premio; lo que ha ocurrido es que, al verte apenado, me he sentido conmovido. ¿Sabes qué tienes que hacer, para que tu vista sea penetrante?».

14 «No, ¡por Zeus! —le respondí—, a no ser que tú de alguna manera arranques de mis ojos la oscuridad, pues ahora, en efecto, tengo la impresión de estar legñoso más que medianamente». «Pues la verdad es que no vas a tener ninguna necesidad de mí —replicó Empédocles—, pues has llegado trayendo tú

³³ Véase *Odisea*, XVI, 187.

³⁴ Según una leyenda, Empédocles se arrojó al Etna. Pero seguramente murió en el Peloponeso, desterrado. Véase el XX de los *Diálogos de los muertos* y nota correspondiente.

³⁵ Sacrificios en que se ofrecen sustancias líquidas.

³⁶ El aspecto ennegrecido y más o menos quemado de Empédocles sugiere a Menipo la idea de la chimenea.

³⁷ Amado de la Luna.

mismo de la Tierra la posibilidad de ver con extraordinaria agudeza». «Y bien, ¿cuál es ésa? —le pregunté—, pues lo ignoro». «¿Lo ignoras —me preguntó él por su parte—, a pesar de que el ala derecha de un águila está unida a tu cuerpo?» «Sí, por cierto —respondí—: ¿qué tiene que ver un ala con un ojo?» «Se trata —aclaró él— de que el águila es con mucho el animal de vista más penetrante, hasta el punto de que sólo ella mira al Sol cara a cara, y la piedra de toque de una auténtica águila, reina de las aves, es su capacidad de aguantar con sus ojos, sin pestañear, la fuerza de los rayos solares». «Así se dice —asentí yo—, y ya me estoy arrepintiendo de haber subido acá sin arrancarme los ojos y poner en su lugar los del águila. Pienso que ahora estoy aquí en imperfectas condiciones y que no he venido pertrechado de un modo enteramente regio, sino que me parezco a los desheredados bastardos». «Pues en tu mano está —me respondió— el tener al punto uno de los dos ojos con características enteramente regias. En efecto, si quieres ponerte en pie un momento, mantener quieta el ala del buitre y mover solamente la otra, tu ojo derecho, por influencia del ala, tendrá grandísimo poder. En cuanto al otro, no hay ningún medio para evitar que vea más débilmente, porque pertenece al lado peor». «Me bastaría —díjeme— con que sólo mi ojo derecho tuviera vista de águila, pues esto no sería una desventaja, ya que me parece haber visto muchas veces a los carpinteros alinear mejor con un solo ojo sus obras». Dicho esto, puse en ejecución lo que Empédocles me había recomendado. Y él comenzó a desaparecer poco a poco, hasta que se convirtió en humo.

15 Apenas hube agitado el ala, una inmensa claridad se derramó sobre mí, y todo lo que hasta entonces había estado oculto empezó a ser visible; puesta mi vista en la Tierra, divisaba claramente las ciudades, los hombres, todo lo que acontecía, no sólo aquello que tenía lugar al aire libre, sino lo que ellos

hacían en sus casas, creyendo pasar inadvertidos; contemplaba a Ptolomeo ³⁸, que mantenía relaciones íntimas con su hermana; al hijo de Lisímaco ³⁹, que conspiraba contra su padre; a Antíoco ⁴⁰, hijo de Seleuco, que a hurtadillas hacía señas a su madrastra; al tesalio Alejandro ⁴¹, a quien estaba dando muerte su mujer; a Antígono ⁴², que cometía adulterio con la esposa de su hijo, y al hijo de Atalo ⁴³, que envenenaba a su padre. Y también a Arsaces ⁴⁴, que se disponía a matar a su concubina, y al eunuco Arbaces, que desenvainaba su espada contra Arsaces. Y por los guardias de corps era arrastrado de un pie fuera del banquete el modo Espatino ⁴⁵, que había sido golpeado en la frente con una taza de oro. Sucesos semejantes a éstos era posible ver en los palacios de Libia, del país de los escitas ⁴⁶ y del de los tracios ⁴⁷: adulterios, asesinatos, conspiraciones, robos, perjurios, temores y traiciones cometidas por parientes muy allegados.

Tal fue el entretenimiento que me proporcionó la realceza. En cuanto al comportamiento de los particulares, me hacía reír mucho más. También, en efecto, veía a éstos, y, concretamente, al epicúreo Her-

³⁸ Ptolomeo II Filadelfo, rey de Egipto (309-247 a. de Jesucristo). Casó con su hermana Arsínoe.

³⁹ Uno de los generales admitidos en el reparto de la herencia de Alejandro Magno. Le correspondieron la Tracia y las tierras costeras del Mar Negro. El hijo mencionado se llamaba Agatocles.

⁴⁰ Antíoco I, rey de Siria (282-261 a. J. C.), hijo de Seleuco I Nicátor. La madrastra aquí mencionada se llamaba Estratonice y era hija de Demetrio Poliorcetes y mujer de gran belleza.

⁴¹ Alejandro de Feras, que fue asesinado por su esposa Teba.

⁴² General de Alejandro Magno. Tras la muerte de éste, además de gobernar la Frigia, extendió sus dominios por Siria.

⁴³ Rey de Pérgamo.

⁴⁴ Rey de los partos.

⁴⁵ Personaje desconocido.

⁴⁶ Al norte del Mar Negro y el Cáucaso.

⁴⁷ Al S. E. de la Península Balcánica.

modoro ⁴⁸, que cometería perjurio por mil dracmas; al estoico Agatocles, que litigaba contra un discípulo en relación con los honorarios; al orador Clinias ⁴⁹, que sustraía del templo de Asclepio ⁵⁰ una pátera, y al cínico Herófilo ⁵¹, que dormía en un lupanar. Y aún puedo mencionar a los que horadaban paredes para robar; a los litigantes de toda clase; a los que apremiaban a sus deudores, etc... En resumidas cuentas, era un espectáculo variado y que presentaba todas las formas imaginables.

AMIGO.—Me gustaría conocer eso detalladamente, Menipo, pues me da la impresión de que te deparó no poco placer.

MENIPO.—Es imposible, querido amigo, hacer el relato que me pides, ya que también era ardua empresa el verlo todo. Ahora bien, los acontecimientos principales mostrábase semejantes a la descripción que Homero nos hace del escudo de Aquiles ⁵², en determinados lugares había banquetes y bodas, en otros juicios y asambleas, allá hacía alguien sacrificios y en lugar cercano alguien aparecía llorando. Cuando ponía mis ojos en la Gética ⁵³, veía siempre a los getas guerrear, y, siempre que trasladaba mi mirada a las tierras de los escitas, podía verlos errantes sobre sus carros. A continuación dirigía mi vista a otro lado, y observaba a los egipcios, que cultivaban la tierra, y el fenicio traficaba, el cílice ⁵⁴ pirateaba, el laconio ⁵⁵ se azotaba y el ateniense litigaba.

Como todo esto acontecía al mismo tiempo, ya puedes imaginar qué clase de confusión se dejaba ver. Era como si alguien reuniese un buen número de cantan-

⁴⁸ Imaginario.

⁴⁹ Imaginario.

⁵⁰ Dios de la Medicina.

⁵¹ Imaginario.

⁵² Véase *Iliada*, XVIII, 478 y ss.

⁵³ Al sur del Danubio, ocupando gran parte de lo que hoy corresponde a Bulgaria.

⁵⁴ La Cilicia estaba situada en la costa S. E. del Asia Menor.

⁵⁵ Esparta estaba situada en la Laconia.

tes, o, más bien, muchos coros y mandara a cada persona que, dejando todo canto acordado, entonase su propio canto, y cada cual pusiera amor propio en la empresa, llevase adelante su personal cometido y tratara con afán de superar en potencia de voz a su vecino: ¿verdad que entiendes, ¡por Zeus!, cómo resultaría el canto?

AMIGO.—Irrisorio y embarullado hasta la saciedad, Menipo.

MENIPO.—Pues llena está la Tierra, amigo mío, de cantantes como éstos: de tal falta de armonía está hecha la vida de los hombres, los cuales no sólo emiten voces disonantes, sino que difieren en el aspecto, tienen movimientos no concertados y pensamientos nada coincidentes, hasta que el director del coro hace que se vaya cada uno de ellos del escenario, diciéndole que ya no lo necesita, y a partir de ese momento todos son iguales, guardan silencio y ya no entonan ese canto confuso y desordenado. Mas todo lo que sucedía en ese mismo teatro complicado y multiforme promovía por supuesto la risa.

18

Pero sobreveníame ésta principalmente a causa de aquellos que reñían por cuestiones de límites y de quienes estaban engraidos por el hecho de cultivar la llanura de Sición ⁵⁶ o de poseer las tierras de Maratón ⁵⁷ cercanas a Enoa ⁵⁸ o ser dueños de mil pletros ⁵⁹ en Acarnas ⁶⁰; como que Grecia entera, según yo la veía desde arriba, tenía una extensión de cuatro dedos, y, por tanto, el Atica, aplicando la misma escala, era, en mi opinión, pequeñísima. Así pues, yo pensaba qué terreno tan limitado quedaba para sustentar el engrandecimiento de nuestros ricos, pues, por así decirlo, parecíame que el que de ellos tenía más pletros cultivaba

⁵⁶ En la Argólida (Peloponeso), a orillas del río Asopo.

⁵⁷ En el Atica.

⁵⁸ Tanto Enoa como Sición y Acarnas eran lugares muy fértiles.

⁵⁹ El pletro era la sexta parte de un estadio, y éste tenía unos 177 metros.

⁶⁰ Cerca de Atenas.

un átomo de Epicuro⁶¹ y no más. Dirigí también mi mirada al Peloponeso, y en seguida vi la Cinuria⁶², y pensé por qué trozo de tierra tan pequeño, que en nada era mayor que una lenteja egipcia, habían muerto en un solo día tantos argivos y lacedemonios⁶³. Y, cuando veía a alguien lleno de orgullo a causa del oro, por tener ocho anillos y cuatro páteras⁶⁴, me reía también mucho por este motivo, pues el Pangeo⁶⁵ entero con minas y todo tenía el tamaño de un grano de mijo.

19 AMIGO.—Eres un hombre afortunado. ¡Qué espectáculo tan maravilloso! Y dime, ¡por Zeus!, las ciudades y los mismos hombres ¿de qué dimensiones se te hacían visibles arriba?

MENIPO.—Supongo que tú has visto muchas veces comunidades de hormigas: entrechócanse éstas; unas salen; otras vuelven a su sede; aquélla transporta el estiércol; ésta se ha apoderado en algún sitio de un trozo de cáscara de haba o de medio grano de trigo y corre con eso. Es natural que entre ellas haya, proporcionadamente a su condición de vida, una especie de arquitectos, de conductores del pueblo, de senadores, de músicos y de filósofos. Pues en verdad que las ciudades con hombres y todo se parecían muchísimo a los hormigueros. Y si te parece degradante esta analogía, el hecho de que yo vea a los hombres semejantes a estados formados por hormigas, piensa en las antiguas leyendas de Tesalia⁶⁶: hallarás, en efecto, que los mirmidones⁶⁷, la más belicosa tribu que allí había, eran hombres procedentes de hormigas. Pues bien, cuando todo lo hube visto y de todo me hube reído largamente, sacudí mi cuerpo y levanté el vuelo

⁶¹ El creador de la teoría atomística.

⁶² Región montañosa del Peloponeso, entre la Argólida y la Laconia.

⁶³ Véase nota 60 de *Caronte* o *Los Visitadores*.

⁶⁴ Copas de cavidad ancha y poco profunda.

⁶⁵ Monte de Macedonia con minas de oro y plata.

⁶⁶ Región del norte de Grecia.

⁶⁷ Sobre ellos reinó Aquiles.

en pos de los dioses, hacia el palacio de Zeus⁶⁸,
[portador de la égida.

20 Aún no había ascendido un estadio⁶⁹, cuando la Luna, dejando oír una femenina voz, me dijo: «Menipo, préstame un servicio ante Zeus; yo por mi parte te desearé un buen viaje». «Sólo tienes que hacerme saber de qué se trata —le respondí—. No hay trabajo pesado, cuando no hay objeto que transportar». «Quiero que seas portador de una embajada y de una súplica para Zeus de mi parte —añadió—. No te serán dificultosas. Estoy cansada, Menipo, de oír innumerables cosas molestas a los filósofos, que no tienen otra ocupación que entrometerse en todo lo mío, y tratar de averiguar cuál es mi naturaleza y mi tamaño y por qué causa me reduzco a la mitad o me vuelvo jorobada. Unos dicen que estoy habitada, otros que a manera de espejo estoy colgada sobre el mar, y otros me atribuyen aquello que cada cual piensa. Finalmente, afirman también que mi luz es producto de robo y bastarda, ya que me llega de arriba, del Sol, y no cejan en su empeño de enemistarme con él, que es mi hermano, y de promover la discordia entre ambos, pues no les basta con lo que han dicho acerca del propio Sol, sosteniendo que es una piedra y una masa incandescente⁷⁰.

21 Ahora bien, ¡de cuántas acciones tuyas estoy yo en el secreto, acciones vergonzosas y despreciables que llevan a cabo noche tras noche quienes durante el día tienen grave y firme semblante y venerable apariencia y atraen hacia sí las miradas de admiración de la gente! Y yo, que veo esto, me callo no obstante, pues considero que sería indecente descubrir e iluminar esas ocupaciones nocturnas y la comedia de la vida de cada uno de ellos. Lejos de eso, cuando veo a alguno de ellos cometer adulterio o robar o atre-

⁶⁸ Véase *Iliada*, I, 222.

⁶⁹ Véase nota 2.

⁷⁰ Como Anaxágoras.

verse a alguna otra acción en plena noche, al punto atraijo hacia mí una nube y me oculto en ella, para no mostrar a la muchedumbre a unos ancianos que deshonran sus espesas barbas y la virtud de que hacen gala. Pero ellos no dejan de despedazarme con sus palabras y de afrentarme por todos los medios, de suerte que, ¡por la Noche te lo juro!, muchas veces tuve el pensamiento de trasladarme a un lugar lo más lejano posible, para huir de sus impertinentes lenguas. Así pues, acuérdate de notificar esto a Zeus y de añadir que para mí es imposible permanecer en mi sitio, si no aniquila a esos filósofos naturalistas, amordaza a los dialécticos, echa abajo el Pórtico⁷¹, quema la Academia⁷² y pone fin a las conversaciones del Peripato⁷³. Porque así podría descansar, libre de las meditaciones a que ellos me someten a diario».

22 «Así será —le respondí—, y al mismo tiempo remonté mi vuelo, siguiendo un camino

*en que no se mostraban huellas de bueyes ni de
[hombres⁷⁴].*

Poco después la Luna se hacía pequeña a mis ojos y yo perdía de vista la Tierra. Y, dejando el Sol a la derecha, volé por entre las estrellas, y al tercer día me acerqué al cielo. Primeramente tuve la intención de pasar al punto al interior sin descubrir mi verdadera naturaleza, pues, ya que era medio águila, pensaba que no me iban a descubrir, y además sabía que el águila es amiga de Zeus; pero después comprendí que muy pronto iba a quedar en evidencia ante ellos, por tener de buitre una de las dos alas. Así pues, estimé que lo mejor era no correr riesgos, y, acercándome,

⁷¹ Es decir, a los estoicos, que tomaron el nombre de la Στοὰ Ποικίλη, «Pórtico de colores varios», donde Zenón inició sus enseñanzas.

⁷² El lugar en que enseñó Platón.

⁷³ La sede de las enseñanzas de Aristóteles.

⁷⁴ Véase *Odisea*, X, 98.

llamé a la puerta. Hermes acudió a mi llamada, y, tras informarse de mi nombre, caminó de prisa a dar cuenta a Zeus, y poco después se me invitó a entrar. Yo tenía miedo y estaba tembloroso, y encontré a todos sentados juntos y no carentes de cierta preocupación, pues les inquietaba un tanto lo inesperado de mi viaje y pensaban que pronto llegarían todos los hombres provistos de alas de la misma manera.

23 Zeus, dirigiéndome una mirada que inspiraba temor, penetrante y parecida a la de un Titán⁷⁵, me preguntó:

*¿Quién eres? ¿Dónde está tu ciudad? ¿Dónde tus
[padres?⁷⁶*

Yo, cuando oí aquello, estuve a punto de perecer de miedo; no obstante, me mantenía en pie, aunque boquiabierto de estupor y pasmado a causa de la potencia de aquella voz. Acabé reanimándome y le referí todo claramente, partiendo desde el principio: cómo me invadió el deseo de conocer las cosas celestes, cómo me acerqué a los filósofos, cómo les oí decir opiniones contrarias, cómo me desalenté, maltratado por sus discursos, y a continuación, siguiendo el orden cronológico, mi determinación, mis alas, y todo lo demás hasta mi llegada al cielo; tras esto, añadí lo que la Luna me había encargado. Zeus sonrió y, desarrugando un poco el entrecejo, se expresó de este modo: «¿Qué puede decir acerca de Oto⁷⁷ y de Efilates⁷⁸, cuando Menipo se ha atrevido a subir al cielo? En fin, ahora considérate nuestro huésped, y mañana, cuando nos hayamos ocupado del asunto que ha motivado tu viaje, te dejaremos partir». Y, al tiempo que acababa de decir esto, se levantó y se dirigió hacia el lugar del

⁷⁵ Es decir, terrible. Véase nota 11 de *Timón* o *El Misántropo*.

⁷⁶ Verso frecuente en la *Odisea*, v. g.: I, 170.

⁷⁷ y ⁷⁸ Para Oto y Efilates, hijos de Aloeo, véase *Caronte* o *Los Visitadores*, 3, y nota correspondiente; también *Odisea*, XI, 305-320.

24 cielo que tenía mejores condiciones acústicas, pues era el momento en que había de sentarse a escuchar las plegarias. Por el camino me preguntó acerca de las cosas de la Tierra: primeramente cuál era a la sazón el precio del trigo en Grecia, y si el último invierno había sido duro para nosotros, y si las hortalizas necesitaban mayor abundancia de lluvias; después mostró su curiosidad por conocer si aún quedaba algún pariente de Fidas⁷⁹, la causa por la cual los atenienses habían dejado de celebrar las fiestas Diasias⁸⁰ durante tantos años, si pensaban terminarle el templo de Zeus Olímpico⁸¹ y si habían sido aprehendidos los que saquearon el templo de Dodona⁸². Y, cuando le hube contestado acerca de todo esto, «Dime, Menipo —dijome—: ¿qué opinión tienen los hombres acerca de mí?» «¿Qué opinión van a tener, Señor —le respondí—, sino la más piadosa: que tú eres el rey de todos los dioses?» «Te estás burlando —replicó—; pero yo conozco muy bien, aunque no lo digas, su amor por la novedad. Hubo antaño un tiempo en que les parecía adivino y médico, y, en resumen, yo era todo;

*llenas de Zeus estaban todas las calles,
y todas las plazas de los hombres*⁸³,

y entonces Dodona⁸⁴ y Pisa⁸⁵ eran brillantes y universalmente famosas, y a causa del humo de los sacrificios ni siquiera me era posible verlas; pero desde que en Delfos estableció Apolo su oráculo, y en Pér-

⁷⁹ El gran escultor ateniense del siglo v a. de J. C.

⁸⁰ En honor de Zeus. A juzgar por una alusión de Plutarco a las «Diasias» (*De tranquillitate animi*, 20), tales fiestas habían sido reanudadas de alguna forma.

⁸¹ El templo de Zeus Olímpico de Atenas fue terminado por Adriano una generación antes del tiempo en que Luciano escribía esto.

⁸² Cf. nota 6 de *El Sueño o El Gallo*.

⁸³ Es una parodia de Arato, *Los fenómenos*, hacia el principio.

⁸⁴ Véase nota 82.

⁸⁵ En la Elide (Peloponeso).

gamo⁸⁶ puso Asclepio⁸⁷ su clínica, y en Tracia⁸⁸ surgió el templo de Bendis⁸⁹, en Egipto el de Anubis⁹⁰ y el de Artemis en Efeso⁹¹, todos acuden corriendo a eso, celebran fiestas y ofrecen hecatombes⁹². En cuanto a mí, como si se tratase de un dios que hubiera envejecido, consideran haberme honrado suficientemente, si me ofrecen sacrificios en Olimpia cada cuatro años completos⁹³. Por tanto, puedes ver mis altares más fríos que las leyes de Platón o los silogismos de Crisipo⁹⁴.

25

Hablando así llegamos al lugar en que él había de sentarse y escuchar las plegarias. Había allí unas ventanas alineadas, semejantes a las bocas de los pozos, las cuales tenían sus tapaderas, y junto a cada una había un trono de oro. Pues bien, Zeus se sentó junto a la primera, y, quitando la tapadera, dedicó toda su atención a los que suplicaban, y las peticiones llegaban de todos los puntos de la Tierra y eran variadas y discordantes. Yo, en efecto, me había inclinado también sobre la ventana y escuchaba junto con él los ruegos, que eran de este jaez: «¡Oh Zeus! ¡Que alcance yo el trono!»; «¡Oh Zeus! ¡Que crezcan mis cebollas y mis ajos!»; «¡Oh dioses! ¡Que muy pronto muera mi padre!» Y otros decían: «¡Ojalá herede yo a mi hermano pasen inadvertidas!»; «¡Que gane yo el pleito!»; «¡Que sea yo coronado en los Juegos de Olimpia!» De los navegantes, uno pedía que soprase el

⁸⁶ Ciudad de la Gran Misia (Asia Menor).

⁸⁷ Dios de la Medicina.

⁸⁸ Al S. E. de la Península Balcánica.

⁸⁹ Divinidad lunar de los tracios.

⁹⁰ Uno de los dioses más venerados por los egipcios.

⁹¹ Ciudad jónica situada en la costa occidental del Asia Menor.

⁹² Esta palabra designaba en principio sacrificios de cien bueyes, pero pasó a significar también sacrificios de menor cuantía y de otra clase de reses.

⁹³ Las fiestas de Olimpia, que incluían los célebres Juegos, se celebraban cada cuatro años.

⁹⁴ Filósofo estoico, nacido hacia 281 a. de J. C.

bóreas⁹⁵, otro que el noto⁹⁶; el labrador solicitaba lluvia, el batanero sol. Y Zeus, que escuchaba y consideraba cumplidamente cada súplica, no accedía a todo,

*sino que se comportaba concediendo unas cosas
[y negando otras]⁹⁷;*

en efecto, dejaba que a través de la ventanita llegasen arriba las peticiones justas, y las depositaba a su derecha; en cuanto a las impías, devolvíalas sin concesión alguna, soplando hacia abajo, para que ni siquiera llegasen a estar cerca del cielo. Sólo en una ocasión le vi perplejo: como dos hombres hiciesen peticiones opuestas y prometiesen sacrificios iguales, no sabía a cuál de ellos complacer, de suerte que experimentó una vacilación al modo de los académicos y mostrábase incapaz de pronunciarse en sentido alguno, y, lejos de esto, se quedó con la decisión en suspenso y se puso a examinar a fondo el asunto.

Cuando hubo escuchado suficientemente las plegarias, se trasladó al trono siguiente, junto al cual estaba la segunda ventana, e, inclinando la cabeza, dedicó cierto tiempo a los juramentos y a los que juraban. Terminada la audiencia que dedicó a esto, y, habiendo aniquilado al epicúreo Hermodoro⁹⁸, pasó a sentarse en el trono siguiente, para prestar atención a los presagios, voces proféticas y augurios. Seguidamente trasladóse de allí a la ventana de los sacrificios, a través de la cual ascendía el humo, el cual notificaba a Zeus el nombre de cada sacrificante. Finalmente, dejó la tarea en que había estado ocupado y dio órdenes a los vientos y, en general, a los elementos meteorológicos: «Que llueva hoy en el país de los escitas; haya tormenta en Libia, y nieve en Grecia. Tú, viento del Norte, sopla en Lidia; tú, viento del Sur,

⁹⁵ Viento del norte.

⁹⁶ Viento del sur.

⁹⁷ Véase *Ilíada*, XVI, 250.

⁹⁸ Epicúreo imaginario.

descansa, y tú, viento del Oeste, agita las olas del Adriático. Y que unos mil medimnos⁹⁹ de granizo se esparzan sobre Capadocia»¹⁰⁰.

Cuando hubo tomado ya, poco más o menos, todas estas disposiciones, nos dirigimos a la sala del banquete, pues era ya el momento de la comida principal. Y Hermes, acogiéndome, me situó ante la mesa junto a Pan¹⁰¹, los Coribantes,¹⁰² Atis¹⁰³ y Sabazio¹⁰⁴, dioses forasteros todos éstos y cuya condición divina no estaba muy clara. Deméter me ofrecía pan, Dioniso vino, Heracles trozos de carne, Afrodita bayas de mirto y Poseidón sardinetas. Al propio tiempo saboreé a hurtadillas la ambrosía y el néctar, pues Ganimedes, bueno en extremo, se dejaba llevar por sus buenos sentimientos y, cuando veía a Zeus mirar a otra parte, me escanciaba un cuarto o dos de néctar. Los dioses, como dice Homero, quien, según creo, también vio personalmente las cosas de allí —como yo—, ni comen pan ni beben el ardiente vino, sino que se hacen servir la ambrosía y se embriagan con el néctar, y se deleitan de modo especial ingiriendo el humo procedente de las víctimas sacrificadas, que sube cargado de ricos olores, y también la sangre de las víctimas, con que los sacrificantes llenan los altares. Durante la comida Apolo¹⁰⁵ tocó la cítara, Sileno¹⁰⁵ bailó un «córdax»¹⁰⁶, y las Musas, puestas en pie, nos cantaron un fragmento de la *Teogonía* de Hesíodo y la primera oda de Píndaro. Y, cuando quedamos ahitos,

⁹⁹ Medida: capacidad de unos 52 litros.

¹⁰⁰ Región del Asia Menor, entre los ríos Halis y Eufrates.

¹⁰¹ Pan, hijo de Hermes, fue objeto de culto en Grecia a partir de las Guerras Médicas, según Heródoto. Modernamente se ha probado, no obstante (lo ha hecho Víctor Bérard), que su culto era muy antiguo en la región de Arcadia.

¹⁰² Divinidades menores asociadas al culto de Rea.

¹⁰³ Semidiós, objeto de culto orgiástico, por sus amores con Rea.

¹⁰⁴ Dios tracio, semejante a Dioniso.

¹⁰⁵ Divinidad de los montes y las Florestas.

¹⁰⁶ Danza obscena.

nos echamos a dormir, cada cual donde estaba, habiendo bebido bastante.

28

Dioses y hombres en carro combatientes
[*dormían la noche entera;*
*pero yo el dulce sueño no conciliaba*¹⁰⁷,

pues estaba reflexionando sobre todo, entre otras muchas cosas, por qué en tanto tiempo no le había salido barba a Apolo y por qué sobrevenía la noche en el cielo, estando el Sol siempre presente y acompañando a los demás en los festines. Pues bien, al fin me dormí un poco. Y al amanecer Zeus se levantó y ordenó que fuese convocada una asamblea.

29 Cuando todos estuvieron reunidos cual convenía, comenzó a decir: «El motivo para esta convocatoria me lo ha dado este huésped, que llegó ayer. Hace tiempo que yo quería cambiar impresiones con vosotros acerca de los filósofos, pero ahora más que nunca me han impulsado a ello la Luna y sus quejas, y he decidido no demorar más el examen de estos asuntos. Hay una clase de hombres que recientemente ha alcanzado preponderancia entre ellos. Son perezosos, aficionados a disputas, vanidosos, irascibles, glotonos, un tanto locos, engreídos, soberbios hasta la saciedad y, hablando al modo de Homero, «carga vana del mundo»¹⁰⁸. Pues bien, se han dividido en grupos, han ideado diversos laberintos de argumentaciones y unos se han puesto el nombre de estoicos, otros el de académicos, otros el de epicúreos, otros el de peripatéticos, y se han asignado otros nombres mucho más ridículos que éstos. Además, adornándose con el augusto nombre de la virtud, enarcando las cejas y habiéndose dejado crecer la barba, van por todas partes, cubriendo sus despreciables costumbres con la falsedad de su exterior, y son semejantes a esos actores de tragedia, en quienes

¹⁰⁷ Estos dos versos se corresponden, con una oportuna modificación, con los dos primeros del canto II de la *Iliada*.
¹⁰⁸ Véase *Iliada*, XVIII, 104.

292

se da la circunstancia de que, si se les quitan las más caras y ese traje bordado de oro, lo que queda es un hombrucillo ridículo, que ha sido asalariado por siete dramcas para representar un papel.

30

Y, aun siendo así, desprecian a todos los hombres y refieren cosas inauditas acerca de los dioses, y, reuniendo a jovencitos fáciles de engañar, hablan enfáticamente sobre la famosa virtud y les enseñan embrollos verbales. Ante sus discípulos alaban siempre la paciencia y la templanza, y desprecian la riqueza y el placer; pero, cuando se quedan solos, no tienen límites su glotonería ni su lujuria ni los lametones que dan a la mugre de los óbolos. Y lo más indignante de todo es que, no cumpliendo ningún cometido útil de carácter público o privado, antes bien siendo inútiles y ociosos,

*ni apreciados en la guerra ni en el consejo*¹⁰⁹,

no obstante acusan a los demás, y, acumulando envenenadas palabras y poniendo el mayor afán en las invectivas, censuran e injurian a cuantos tienen cerca, y alcanza los mayores honores aquél que grita más, es el más desvergonzado y el más atrevido en lo tocante a maledicencia.

31

No obstante, si se pregunta a uno de esos pertinaces y vociferantes acusadores de los demás: «¿en qué te ocupas?, ¿qué deberemos decir, ¡por los dioses!, acerca de tu contribución al bien común?», su respuesta sería, si quisiera hablar con justicia y con verdad: «considero cosa superflua el ejercer la navegación, cultivar la tierra, tomar parte en expediciones militares y, en general, ocuparse en un oficio; pero grito, estoy sucio, me baño en agua fría, voy por todas partes descalzo en invierno, y, como Momo¹¹⁰,

¹⁰⁹ Véase *Iliada*, II, 202 (hay una ligera modificación en el texto que presenta Luciano, hecha para acomodarlo al pasaje del *Icaromenipo*).
¹¹⁰ Dios de las burlas y de las censuras.

293

lanzo calumnias sobre las acciones de los demás, y, si algún rico provee su mesa de costosísimos manjares o tiene una amante, me ocupo de eso con la mayor cólera; ahora bien, si algún amigo o compañero cae enfermo, necesitado de ayuda y cuidados, procuro ignorar eso». Tal es la condición de esos bichos, oh dioses.

³² Son especialmente insolentes los que de ellos se llaman epicúreos: nos atacan de modo intolerable, diciendo que no nos cuidamos de los asuntos humanos y que no ejercemos tutela alguna sobre los acontecimientos; en consecuencia, hora es ya de que penséis en buscar soluciones, porque, una vez que éstos sean capaces de vencer a todos los hombres, pasaréis hambre más que medianamente. Porque ¿quién os ofrecería ya sacrificios, no esperando obtener ninguna ventaja? Ayer oísteis todos referir a nuestro huésped las acusaciones de la Luna; en relación con todo esto decidid lo que para los hombres podría ser lo más provechoso y para nosotros lo más prometedor».

³³ Apenas hubo terminado Zeus su discurso, se produjo un estrépito ensordecedor, pues todos al punto se pusieron a dar gritos: «Fulminales, abrásalos, aniquíalos; ¡al Báratro! ¹¹¹, ¡al Tártaro junto a los Gigantes! » Y, restableciendo la calma, Zeus añadió: «Será como queréis, y todos serán aniquilados junto con el arte que emplean en las discusiones. Ahora bien, en el momento presente no es lícito castigar a nadie, pues, como sabéis, estamos en los cuatro meses de las grandes fiestas, y ya he promulgado la paz. El año próximo, con la llegada de la primavera sufrirán mala muerte —mala como ellos—, víctimas de mi terrible rayo.

Dijo, y trunció sus oscuras cejas, para reforzar sus palabras ¹¹².

¹¹¹ Abismo al que eran precipitados en Atenas hombres condenados a muerte.

¹¹² Véase *Iliada*, I, 528.

³⁴ En cuanto a Menipo, he aquí lo que resuelvo: que le sean cortadas las alas, para que jamás suba de nuevo, y que Hermes lo conduzca hoy abajo, a la Tierra». Dicho esto, él por su parte disolvió la asamblea, y el dios de Cilene ¹¹³ me tomó de suerte que mi cuerpo colgaba de la oreja derecha, y ayer, al atardecer, me condujo al Cerámico ¹¹⁴, donde me dejó.

Ya has oído, amigo mío, todas las noticias que traigo del cielo; absolutamente todas. Pues bien, me voy a llevar estas buenas nuevas a los filósofos que están paseando en el Pórtico ¹¹⁵.

¹¹³ Hermes: se creía que había nacido en el monte Cilene.

¹¹⁴ Barrio de Atenas.

¹¹⁵ Véase nota 71.